



M. J. SÁNCHEZ
Kryptonita.
Los Superhéroes
populares
de la villa

Página 3



CUENTO
Un cuento
diario,
por Carlos
Aletto

Página 4



SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 1 | NÚMERO 8 | JUEVES 26 DE ENERO DE 2012

Maestros



A lo largo del camino que recorremos para formarnos en la materia, el saber o el arte que nos ocupa, vamos encontrando distintas manos que nos ayudan. Algunas de manera oficial o explícita, otras de modo más aleatorio y hasta inconsciente. Pero sólo en algunos casos, llegamos a sentir que corresponde nombrar a quienes nos inician o acompañan en ese recorrido con la palabra "maestro".

SIGUE EN LA PÁGINA 2 →

LA LITERATURA SE ABRE CAMINO

El tiempo es el que indica si sos escritor y qué clase de escritor sos. Este es un laburo de paciencia. Los escritores están más interesados a veces en salir en televisión que en quedarse en su casa escribiendo. Se ha tinellizado también, en buena medida. Yo estoy convencido de

que si Cortázar se presenta hoy en una gran editorial con *Bestiario* o con *Rayuela*, se tiene que hacer un enema con la resma. Nadie vive de la literatura, no se puede. Yo vivo de la literatura en la medida en que tengo dos premios, el Premio Nacional, y el Premio Municipal, que son dos subsidios de por vida. Vivo de subsidios a partir de haber ganado

estos premios, pero porque me rompí el orto, y lo digo en criollo. Acá hay mucha mentira. Un pibe que saca un primer libro y la crítica lo trata más o menos bien, ya parece que caga más alto que el culo. Y no es así. La literatura se abre camino, tarde o temprano, por un lugar o por otro.

Guillermo Saccomanno
(reportaje de Federico Mayol).



Maestros



→ CLAUDIA PIÑEIRO

VIENE DE TAPA

Raymond Carver reconoce como uno de ellos a John Gardner. Cuando ya era un escritor más reconocido que su propio maestro, Carver escribió el prólogo del libro de Gardner *Para ser novelista*, donde cuenta cómo lo conoció, por qué se anotó en su taller de escritura creativa, qué decían de él los otros estudiantes que habían sido sus alumnos. Pero además, quizás lo más interesante, menciona distintas enseñanzas que reconoce como fundacionales, algunas relacionadas directamente con la literatura y otras con el oficio, con enfrentarse a la cuestión concreta de poder sentarse y escribir. Entre las primeras, transcribo una indicación de lectura que, aún a la distancia, se puede reconocer imprimiendo su sello en los incomparables cuentos de Carver. “*Los autores que estaban en boga en aquella época eran Hemingway y Faulkner. Pero en total yo había leído como máximo dos o tres libros suyos. De todos modos, eran tan conocidos y se hablaba tanto de ellos que no podían ser tan buenos, ¿no? Recuerdo que Gardner me dijo: «Lee todo el Faulkner que encuentres y luego lee todo lo de Hemingway para limpiar de Faulkner tu manera de escribir.»*”

Entre las enseñanzas de oficio o de las posibilidades concretas de escribir, la siguiente es de un valor remarcable dentro del mundo literario: “*Gardner se había enterado de mis dificultades para encontrar un sitio donde trabajar. Sabía que tenía familia y que en mi casa no había sitio. Me ofreció la llave de su despacho. Ahora veo que aquel ofrecimiento fue decisivo. No fue un ofrecimiento casual, y yo me lo tomé, creó, como una orden—pues de eso se trataba—. Todos los sábados y domingos me pasaba parte del día en su despacho, que era donde (él) tenía las cajas de manuscritos.*”

Los maestros tienen ciertas características que los hacen destacar del resto de los que nos enseñan: rigurosidad, exigencia, amor por la trasmisión de su saber, pero, sobre todo, generosidad. De nada sirve que nos enseñe quien sabe más que nadie en la materia si es

mezquino a la hora de transmitir o no puede aceptar que el otro es una persona diferente a él, un discípulo que no tiene que copiarlo sino encontrar su propio camino.

A lo largo de mi formación reconozco, entre otros, tres maestros fundamentales: en guión, María Inés Andrés; en literatura, Guillermo Saccomanno; y en dramaturgia, Mauricio Kartun. De los tres tengo muchos recuerdos, consejos y hasta frases sueltas que se me repiten cada tanto. Sólo a modo de ejemplo, cito uno para cada uno de ellos.

En el caso de Guillermo Saccomanno, la indicación (y una indicación de él era para nosotros, sus alumnos, una exigencia ineludible como para Carver las de Gardner) de leer *En busca del tiempo perdido*, de Proust, mientras escribía *Las viudas de los jueves*. Una indicación que puede parecer extraña, dado que nada tiene que ver un texto con el otro. “Es para que la trama no te arrase; estás en un momento de la escritura que por querer contar lo que sucede y resolver los puntos abiertos de la trama, te vas a olvidar de los detalles que más importan: cómo vive esta gente, cómo son las cortinas de sus casas, cómo ponen la mesa, qué comen, qué podés encontrar en su tacho de basura. Detalles de lo cotidiano. Eso es lo que más importa que cuentes, la trama policial se va a contar sola”. Y aunque sin la maravillosa morosidad de Proust para contar los detalles de su casa en *Por los caminos de Swann*, la indicación estuvo presente hasta el punto final de *Las viudas de los jueves*.

Mauricio Kartun me enseñó a

no tenerle miedo a los sentidos y a hasta abusar de ellos cuando leyó una escena de *Un mismo árbol verde*, una obra de teatro que escribí mientras estudiaba en la Emad con él. La escena era acerca de una niña que miraba escondida detrás de un sillón cómo rompían la puerta de su casa en plena dictadura militar y se llevaban a su hermana. Me dijo: “Todas las puertas las destrozaron más o menos de la misma manera, con la misma prepotencia, con la misma impunidad que contás, tenés que buscarle a la escena algo particular, algo propio de esta familia y de ninguna otra. ¿Cómo olía la casa esa mañana?”. Entonces en la escena, que protagonizaba una familia de origen armenio, apareció el olor a menta, porque ese día estaban cocinando *dolmá*. Como la madre además planchaba una camisa al momento de la irrupción de la violencia en su casa, la plancha quedó sobre la tela y de a poco el olor a menta se mezcló con el olor a tela quemada. “Y desde entonces”, dice la protagonista gracias a esa indicación de Kartun, “cuando como *dolmá* es pero con angustia que detrás del sabor a menta llegue el olor a tela quemada”.

A María Inés Andrés, gran guionista y directora de televisión, le debo miles de recomendacio-

nes. Pero hay una que tiene que ver con el oficio y con las cuestiones de género (femenino, no literario) por la que le estaré eternamente agradecida. Mientras estudiaba con ella yo siempre estuve embarazada o acababa de tener un hijo (mis tres hijos nacieron muy seguidos y todos en aquella época). Su taller funcionaba como semillero donde los autores que necesitaban asistentes llamaban para ofrecer trabajo. Pero yo, en estado de gravidez o de puerperio, nunca estaba en condiciones de ofrecerme como candidata. Pocos meses después de que nació mi tercera hija, el guionista Ricardo Rodríguez llamó a María Inés para pedirle que le recomendara un asistente. Ella me dijo con firmeza: “Y vos vas a ir”. “Pero estoy dando la teta”, le contesté. “Problema de él”, me respondió ella, “yo ya le dije que sos la persona indicada, que Rodríguez vea cómo lo soluciona, pero vos vas, le decís que tenés una hija recién nacida a la que le vas a seguir dando la teta, que el trabajo te interesa mucho, y a ver qué te ocurre a él para solucionarlo. Si no, vos no arrancás más”. Y así fue, nunca me habría atrevido a hacerle ese planteo a quien me estaba ofreciendo un trabajo si ella no me hubiera forzado a eso. Fui varios meses a la oficina con mi beba y le di la teta y la atención necesaria entre escena y escena.

Apenas tres anécdotas en medio de las muchas que podría evocar.



Es para que la trama no te arrase; estás en un momento de la escritura que por querer contar lo que sucede y resolver los puntos abiertos de la trama, te vas a olvidar de los detalles que más importan...





LO HUMANO DEL SUPERHÉROE

Superman es mito a condición de ser una criatura inmersa en la vida cotidiana, en el presente, aparentemente ligado a nuestras propias condiciones de vida y de muerte, por muy dotado de facultades superiores que esté. Un Superman inmortal dejaría de ser un hombre para

convertirse en dios, y la identificación del público con su doble personalidad (la identificación para la que ha sido pensada la doble identidad) caería en el vacío. Superman debe, pues, ser inconsumible y, al mismo tiempo, consumirse según los modos existenciales cotidianos. Posee las características del mito intemporal, pero es aceptado únicamente porque su

acción se desenvuelve en el mundo cotidiano y humano de lo temporal. La paradoja narrativa que los guionistas de Superman deben resolver de una forma u otra, incluso sin ser conscientes de ello, exige una solución paradójica dentro del orden de la temporalidad.

Umberto Eco;
Apocalípticos e integrados

Kryptonita



Los Superhéroes populares de la villa



→ MARÍA JOSÉ SÁNCHEZ

¿Y si los superhéroes tienen los mismos problemas que nosotros?
¿Y si viven entre nosotros, incluso, infringiendo la ley? Esta dicotomía nos plantea Leonardo Oyola en *Kryptonita*, su última novela.

Los héroes y los superhéroes difieren en algo fundamental: los poderes. Los primeros hacen cosas excepcionales en momentos trascendentales, armados sólo con la valentía que encuentran en ese momento, los segundos son así siempre, todo el tiempo están al pie del cañón, brindando sus habilidades únicas para salvar el mundo. Los héroes hacen lo que se debe hacer, aún poniendo en riesgo su propia vida, cuando todos los demás pegan media vuelta y escapan. Los superhéroes, son distintos. Pueden nacer o no con sus poderes, pero las historietas nos dicen que nunca nos fallarán, no porque hagan de tripa corazón para salvarnos, sino porque están ahí para eso.

Todos podemos llegar a cruzarnos con la oportunidad

de mostrar nuestro heroísmo, está en cada uno aprovecharla o dejarla pasar, pero no todos podremos ser superhéroes, de hecho, casi nadie. Sucede que esta forma taxativa de interpretarlos puede no ser la más acertada, puede que haya variantes, matices y hasta diferencias: ¿y si los superhéroes tienen los mismos problemas que nosotros? ¿y si viven entre nos-

otros, incluso, infringiendo la ley? Esta dicotomía nos plantea Leonardo Oyola en *Kryptonita*, su última novela. Allí todo parece posible: una madrugada, en el Conurbano Bonaerense, el líder de una banda de criminales es ingresado de urgencia a un hospital, acompañado de sus secuaces, presenta un cuadro sumamente grave pues está apuñalado por un cristal verde. El médico de turno, un nochero que cubre a otros médicos, es increpado por quienes traen a Súper, el jefe, le hacen saber con palabras que no dejan margen de dudas que si no lo salva él también muere esa noche. Se atrincheran en la habitación y esperan a la policía.

Hasta ahí, parece que leemos una historia más de las tantas que pueden suce-

derse en nuestro país. Pero resulta que el médico y la enfermera deben hacer que este tal Pinino aguante, "hasta que salga el sol". Ahí encontramos la primera pista. Los muchachos se presentan como La Banda de Nafta Súper: Ladi Di, la Cuñatá Güirá, Juan Raro, el Faisán, El Señor de la Noche y el Ráfaga. Y sus nombres ya nos empezian a decir mucho.

Con el médico y la enfermera, —quien será la única heroína, sin poderes, con coraje— de rehenes, comienzan a contar su historia, dentro de la historia que están viviendo en el hospital. La difícil vida en las villas, las necesidades de la infancia, las ilusiones, los desamores... Mientras, afuera del hospital, se está aprestando la policía, para arremeter contra la banda. Afuera, está El Cabeza de Tortuga, Némesis de Nafta Súper, con quien ya se ha enfrentado en otra oportunidad.

A medida que la narración transcurre, Oyola nos invita al juego, no sólo de ir adivinando de qué superhéroe se trata, sino de ir descubriendo de qué lado estamos. Conociendo sus historias y sus padeceres, hasta por cuestiones ideológicas, resulta cómodo estar del lado de enfrente a la Bonaerense, lo más lejoso posible: la batalla de superhéroes y villanos, ha comenzado.

Como alguna vez escribió F. S. Fitzgerald, "Enséñame un héroe y te escribiré una tragedia", estos personajes no poseen existencias de ensueño, son como nosotros, aunque pueden hacer cosas que los demás mortales sólo imaginamos. Esto es *Kryptonita*, para empezar, pero aún hay mucho por descubrir en esta novela escrita con claridad y simpleza, atravesada por el humor y el drama, como la vida.



EL PROCESO DE KAFKA EN COMIC

El escritor estadounidense David Zane Mairowitz y la ilustradora francesa Chantal Montellier acaban de dar a conocer una versión gráfica, a modo de comic, de *El proceso*, la novela inconclusa de Franz Kafka, publicada de forma póstuma en 1925 por

su editor y amigo, Max Brod. El comic abunda en trazos definidos en blanco y negro que intentan reproducir el clima asfixiante de la novela, acentuando su tono en los rostros, los gestos, las figuras que persiguen al protagonista y todos los elementos simbólicos que remiten al extraño e impresionante universo de Kafka.



KAFKA SEGÚN STEINER

"Una definición cardinal del genio apunta, creo yo, a la capacidad de engendrar mitos, de inventar parábolas. Esta capacidad es extremadamente infrecuente. Caracteriza a Kafka más que a Shakespeare, a Wagner más que a Mozart."

George Steiner;
Lecciones de los maestros



CONTRATAPA

↳ CARLOS DANIEL ALETTO

Un cuento diario

—Oiga, diga, ¿me puede decir cómo llego el Banco Nación?

Detrás del mostrador del kiosco, enmarcado por revistas infantiles y de crucigramas, Capicúa no saca la vista del diario *Clarín* abierto en la página del horóscopo, apenas levanta el brazo izquierdo para indicar la dirección y dice:

—En la otra esquina.

Vuelve una página atrás y clava la vista en un punto como si fuera un sabueso que acaba de descubrir la presa entre los pastizales.

—¿Cuál es el apellido del viejo Ernesto? —le pregunta a Tacho.

—¿Cuál viejo? —quiere saber Tacho, desde hace rato tiene la bombilla del mate en la boca, como si fuera un saxo.

—Ernesto, el Viejo Ernesto... ¿cuál viejo va a ser? El que hace treinta años que lleva *La Nación*.

—"Palacios e hijos". Así se llama la marmolería.

—Espichó el viejo, entonces. Aparece acá, en los avisos fúnebres.

—Con razón hace dos días que no pasa a buscar el diario.

—Acá está: "Ernesto Palacios: su mujer, sus hijos y nietos participan..." Pásame la libreta.

Tacho apoya el mate sobre el mostrador, levanta la pila de *Veintitrés*, saca la libreta y se la pasa. Capicúa arranca una hoja, la arruga y la tira a la basura y se consuela:

—Paga Dios.

Tacho levanta el mate y se lo muestra.

—Está lavado ¿Querés uno? —Cambiale la yerba. Si hay pobjera que no se note.

Tacho vacía la yerba en la basura. Capicúa ve que se asoma una mujer que está parada en la puerta del kiosco.

—Dígame, señora.

—Perdón, yo sólo quiero saber dónde queda el Banco Nación.



—En la otra esquina, doña —señala Capicúa y se vuelve para adentro.

Ve que la pila del diario que está leyendo no se ha movido. Vuelve a acomodarla y luego le pone

Tacho apoya el mate sobre el mostrador; levanta la pila de Veintitrés, saca la libreta y se la pasa...

las pesas el título principal de la tapa: "El éxito del plan del Gobierno oculta una fuerte crisis".

Un señor se para frente a la pila del diario. Lee la tapa frunce el seño y mueve la cabeza negativamente, indignado y dice:

—Me da *Página 12*.

—No me queda ninguno.

—Bueno, deme *Tiempo Argentino*. —Mientras le alcanza un billete agrega — Le hago una pregunta: ¿dónde está el Nación?

—En la otra esquina —señala Capicúa con el diario. Se lo entrega y le da el vuelto.

Entró al kiosco y Tacho le dice:

—Parece que va a llover ¿De dónde mierda salieron esas nubes negras?

No termina de decirlo cuando empiezan a caer unas gotas gor-

das sobre la vereda, entre el pollo, la tierra y el viento.

—Pero, en el diario, estaba el solcito, decía: "Despejado. Fresco a agradable. Viento leve del sur" —se jacta Capicúa mientras

Ve que la pila del diario que está leyendo no se ha movido. Vuelve a acomodarla y luego le pone un par de pesas...

busca "El tiempo" en las páginas del diario para demostrarle a Tacho que lo recuerda de memoria. Mientras pasa las hojas escucha a un hombre que entra apurado como escapando de la lluvia.

—Nación —dice el hombre.

—En la otra esquina —contesta sin levantar la cabeza y extendiendo el brazo.

—Dos días que no busco el diario y no me lo guardás. —dice la voz con fingido enojo. Capicúa levanta la vista. —Eh, qué cara, viejo, parece que hubieras visto un fantasma.

—No para nada, don Ernesto —reacciona Capicúa—, cómo no le voy a guardar su diario...

Y mientras recuerda como una revelación el consejo para Libra que leyó hace unos minutos: "No se deje engañar por las apariencias", sabe con seguridad —aunque hace tiempo que nada sucede como está planeado— que Tacho va a putear como loco cuando le haga sacar de la basura la hoja manchada con yerba.